

dos lo imaginen. Es una de las razones por las que el letrado todavía se emociona y se le humedecen los ojos cuando le preguntamos hasta dónde llega su implicación personal en el asunto.

Muchas de las víctimas a las que defiende Pablo son de San Carlos, a 35 kilómetros de Coca, probablemente el pueblo del mundo que más casos de cáncer registra por habitante. Su millar de vecinos, mestizos e indígenas en su mayoría, vive al pie de una de las primeras extracciones petrolíferas de Texaco. Los derrames de crudo han sido aquí especialmente graves, frecuentes y devastadores. Y la consecuencia es brutal: el 10% de sus vecinos tiene cáncer a causa de la contaminación petrolífera.

CÁNCER DE ÚTERO

El ejemplo más terrible lo encontramos en la casa de María Garófano, levantada a pocos metros de la explotación petrolífera. Madre de seis hijos, lleva 13 de sus 46 años luchando contra un cáncer de útero que la devora por dentro. Un cáncer negro como el crudo que contamina el río, como el porvenir de esta selva. Negro como el lamento del paraíso...

El descubrimiento de la enfermedad de su hija Silvia, de 18 años, redobló el drama familiar. Necesitaban otros 400 euros mensuales con los que pagar un tratamiento para la joven. ¿De dónde sacarlos? Por eso, el año pasado tomó la drástica decisión: abandonó su costosa radioterapia para poder pagar la de su hija. Sí, la mujer de la foto se está autoinmolando, un suicidio lento y doloroso, para que su criatura pueda sobrevivir. «¿Y qué puedo hacer? Por lo menos así se salvará una de las dos. Ya vendimos todo lo que teníamos», dice María con lágrimas en los ojos.

Las entrevistamos en la casa que tienen a las afueras del pueblo, una bonita parcela bien cuidada. Pero vacía de vida: apenas una yegua escuálida y media docena de gallinas moribundas deambulaban entre la mata recién podada. «¿Se han dado cuenta de que aquí no cantan los pájaros?» susurra la mujer. «Todo empezó por un dolor de cabeza. Ya estaba un poco prevenida porque hacía tiempo que los animales se morían poco a poco. Las gallinas se ponían tristes y, así no más, empezaban a adelgazar hasta que se iban».

«¡Mire, mire!», dice mientras mete un palo en la charca que sirve de abrevadero a los animales. Tras remover un poco el fondo, lo saca y la punta chorrea un engrudo negro de un olor fortísimo. «¿Lo ve? De esta fuente hemos bebido durante años. Y con esta agua hemos regado campos y dado de comer a nuestros ani-

males. Ahora no tenemos nada de eso: ni salud, ni tierra, ni vida...».

Madre e hija se abrazan sobre la hamaca tendida en la cocina de su cabaña de madera. Detrás, Silvia intenta darnos su versión de los hechos pero no puede. Lloro. La congoja, el dolor del sacrificio de su madre, su propio dolor, el de sus vecinos, el que produce la desdicha que ha caído sobre su pueblo. Cada lágrima es un lamento vital, una petición de ayuda. ¿Quién se la da?

Fue el médico vasco Miguel San Sebastián, cooperante de Médicos Mundi, el primero en darse cuenta de que algo anormal sucedía. Todos los días, mientras despachaba en el consultorio junto con su enfermera, Rosa Moreno, atendía a muchos pacientes con dolencias nada normales. El doctor decidió entonces realizar un estudio de muestra entre 100 personas que dio el fatal resultado. También procedió a analizar el agua y los datos fueron desoladores: el alto porcentaje de minerales pesados que contenía hacía que su uso fuese altamente nocivo para el ser humano. En su informe, San

LA AMAZONIA NEGRA. Sólo en este vertido, del que fuimos testigos, se derramaron más de 300.000 litros de petróleo durante dos días. Obreros como el de la foto sólo recogieron lo aprovechable. El resto sigue allí.



no quiere arriesgar la propia vida. «El número de abortos es aquí inusualmente alto: 2,5 veces por encima de la media nacional. Muchos bebés pierden las uñas al poco de nacer y no sabemos la razón. Y la mayoría de los niños nace fuera de peso. Hay muchos con sarpullidos blancos en la piel

«¿SE HAN DADO CUENTA DE QUE DESDE QUE HUELE A PETRÓLEO AQUÍ NO CANTAN LOS PAJAROS?» UNO DE CADA DIEZ VECINOS DE SAN CARLOS TIENE CÁNCER, EL MAYOR ÍNDICE DEL MUNDO

Sebastián concluía: «si no se acaba con el consumo de ese agua contaminada por crudo, es posible que esta comunidad desaparezca en 20 años».

Menos de una década después, la apocalíptica profecía del doctor está presente: 24 de sus habitantes han muerto con diagnóstico de cáncer, otros 50 lo tienen y hay otra veintena de muertes extrañas que no han podido ser investigadas. Y, lo que es peor, el 70% de la población sigue bebiendo de ese agua o bañándose en el río contaminado.

No hay casa en San Carlos que carezca de un caso de cáncer que contar. Inés Salgado ha tenido ya dos abortos y el médico le ha recomendado que no intente dar más hermanos a su única hija si

y todo tipo de manchas que nosotros relacionamos con el petróleo. ¿De qué más puede ser?», se pregunta Rosa, la enfermera, mientras ausculta a uno de esos niños. Tiene cuatro parientes afectados y sospecha que a ella misma algo feo le pasa porque en una de las piernas le han aparecido unas extrañas manchas negras...

Estando en San Carlos fuimos testigos de un tremendo derrame. Y no podemos decir aquello de «excepción» porque, por desgracia, este tipo de accidentes ocurre una vez por semana. La noche anterior escuchamos una explosión. En el hotel comentaron que el oleoducto había estallado. Cuando llegamos, el petróleo salía a borbotones y formaba

El Parque Nacional del Yasuní es lo más parecido al Edén que uno haya visto jamás. El aire, el agua, la floresta... Todo virgen y puro. En 1989 la ONU declaró a esta zona del Sur de Ecuador, fronteriza con Perú, como Reserva de la Biosfera con el sobretítulo de *Refugio del Pleistoceno*, porque fue uno de los pocos lugares del planeta que resistió la última glaciación. De hecho, desde aquí se regeneró el resto de la selva amazónica. Los estudios dicen que una sola hectárea —de un millón en total— contiene 644 especies de árboles, más que en toda América del Norte. Es un récord mundial absoluto. Como lo es la cantidad de crudo que alberga en su subsuelo: 1.000 millones de barriles. Sus alrededores ya están explotados desde que, en 1990, el Gobierno ecuatoriano, presionado por las petroleras, modificase sus límites para conceder ocho licencias de explotación a otras tantas multinacionales, Repsol entre ellas. La empresa española tiene el bloque 16 con varios pozos en explotación. La zona está blindada y no se puede acceder sin un permiso especial. Este bloque domina parte de lo que fue el territorio de la tribu huaorani, cuyos 1.500 supervivientes acusan a los españoles de haberles contaminado sus ríos y espantado la caza. Repsol les ha compensado suministrándoles víveres y ropa. Ahora, todos preparan el asalto al último trozo del pastel que queda: el parque mismo. El pasado mes de junio, durante la reunión en Alemania del G-8, el Gobierno de Ecuador, por boca de su entonces vicepresidente, Alberto Acosta, hizo una sorprendente oferta a los países más ricos del mundo, que podría marcar un antes y un después en la política contra el cambio climático. Piden que la comunidad internacional les pague la mitad de los beneficios que obtendrían por la venta del crudo —350 millones de euros— si deciden dejarlo en tierra. En caso contrario, acabarán con el paraíso...

un pequeño lago en lo que antes era una charca de agua cristalina.

El olor a crudo es insoportable. El verde selvático está salpicado de motas negras. Tire una lata de calamares en su tinta sobre el césped, multiplique los efectos por millones y se hará una idea. Hay costras negras y duras en el fondo de una quebrada cercana. «Es del derrame del año pasado», comenta un niño con los pies desnudos mancha-

REPSOL EN EL PARAÍSO

dos de crudo. No tiene uñas y está delgado como una anchoa. Nos dicen que su mamá también murió de cáncer hace dos años.

¡Maldito petróleo!

PRÓXIMA ENTREGA

DEFORESTACIÓN: LA SED DE MADERA Y SOJA ARRASA LA SELVA